

Cincuenta años después, a mediados del siglo XVI, encontramos, contrapuestas, las imágenes del indio brasileño tal como aparecen en los textos de los primeros jesuitas llegados al mando de Manuel da Nóbrega en 1549 y las de los informantes no portugueses, como el hugonote Jean de Léry.

En las cartas de Manuel da Nóbrega encontramos una visión muy alejada de la de Caminha. El «buen salvaje» es una imagen casi pagana de inocencia y de desconocimiento de la culpa; difícilmente los ideólogos de Trento y de la doctrina del pecado original podrían aceptarla. Para el padre Manuel da Nóbrega el indio está siempre inclinado al mal, dominado por apetitos sensuales y ciego a la verdad de Dios: «Mas é de grande maravilha haver Deus entregue terra tão boa, tamanho tempo, a gente tão inculta que tão pouco o conhece, porque nenhum Deus têm certo, e qualquer que lhes digam ser Deus o acreditam, regendo-se todos por inclinações e appetites sensuaes, que está sempre inclinado ao mal, sem conselho nem prudencia»<sup>23</sup>.

La visión del protestante Jean de Léry es más reflexiva y está mucho más cargada de ideología que la de Staden. Encontramos en su texto las referencias a la situación edénica de los nativos manifestada en su extraordinaria longevidad: «[...] n'ont le corps ny monstrueux ny prodigieux à nostre esgard; bien sont-ils plus forts, plus robustes et replets, plus disposts, moins sujets à maladie: et mesme il n'y a presque point de boiteux, de borgnes, contrefais, ny maleficiez entre eux. Davantage, combien que plusieurs parviennent jusques à l'aage de cent ou six vingt ans [...], peu y en a qui en leur vieillesse ayent les cheveux ni blancs ny gris»<sup>24</sup>.

En la descripción de la inocente desnudez de los indios coincide, casi *ipsis verbis*, con Pêro Vaz de Caminha: «[...] tant hommes, femmes qu'enfants, non seulement sans cacher aucunes parties de leur corps, mais aussi sans monstrier aucun signe d'en avoir honte ny vergongne [...]»<sup>25</sup>.

También son relevantes las coincidencias con Montaigne. El mismo año en que se publican los dos primeros libros de los *Essais* –1580– aparece también el texto de Léry. En ambos autores encontramos el deseo de relativizar la antropofagia, de no hacer de esta práctica un factor de demonización como habían hecho los religiosos católicos y de usarla para establecer puentes de comparación con las formas europeas de «antropofagia moral»: «Parquoy qu'on n'abhorre plus tant desormais la cruauté des sauvages Anthropophages, c'est à dire, mangeurs d'hommes: car puisqu'il y en a de

<sup>23</sup> Manuel da Nóbrega, *Cartas do Brasil*, Editora da Universidade de São Paulo, Itatiaia-Belo Horizonte, 1988, p. 90.

<sup>24</sup> Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Bresil 1580 [Texte établi, présenté et annoté par Frank Lestringant]*, Le Livre de Poche-Bibliothèque Classique, Paris, 1994, p. 213.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 214.

tels, voire d'autant plus detestables et pires au milieu de nous, qu'eux qui, comme il a esté veu, ne se ruent que sur les nations lesquelles leur sont ennemies, et ceux-ci se sont plongez au sang de leurs parents, voisins et compatriotes, il ne faut pas aller si loin qu'en leur pays, ny qu'en l'Amérique pour voir choses si monstrueuses et prodigieuses»<sup>26</sup>.

Este primer estadio de identificación del indio brasileño con el «buen salvaje» era posible desde la óptica de los filósofos, de los que habían partido, ahogados por la intolerancia, en busca de un «mundo nuevo» donde establecer la utopía o cuando unas naves más o menos extraviadas se encontraban durante diez días en una tierra desconocida de la que no esperaban, de modo inmediato, un claro provecho. Pero cuando la «Terra do pau brasil» se convirtió en un lugar económicamente apetecible, la tierra se dividió en concesiones y en ellas proliferaron las plantaciones, primero de caña de azúcar, después de café y cacao, y aún peor, cuando en las tierras de estos «pajaritos de Dios» se descubrieron oro y piedras preciosas, la visión del indio cambió completamente. De «buen salvaje» pasó a «mal salvaje», a «bárbaro caníbal» porque era necesario poder entablar una «guerra justa» que permitiera esclavizarlos y apoderarse de unas tierras que ellos ni siquiera sabían que eran suyas. En esta línea se sitúan los textos destinados a atraer colonos al Brasil, textos de equilibrio delicado porque era necesario demonizar al indio pero no cargar demasiado las tintas sobre el tema del canibalismo porque podría tener efectos disuasorios.

Un ejemplo de esta actitud es la que encontramos en los textos de Pêro de Magalhães Gândavo, por otra parte un notable humanista, amigo de Camões. Setenta años después de la *Carta do Achamento* el indio es constantemente denominado con términos despectivos del campo léxico «animal»: «Chamão-se Aymorés, a lingua delles he differente dos outros índios, ninguem os entende, são elles tam altos e tam largos de corpo que quasi parecem gigantes; são mui alvos, não tem parecer dos outros índios na terra nem têm casas nem povoações onde morem, vivem entre os matos como brutos animaes. [...]»<sup>27</sup>.

Las mismas características que setenta años antes hacían de ellos «aves inocentes del paraíso» los convierten ahora en «brutos animales». Pero el texto de Gândavo es famoso por esta frase: «A lingua deste gentio toda pela Costa he huma: carece de tres letras scilicet, não se acha nella F, nem L, nem R, cousa digna de espanto, porque assi não têm Fé, nem Lei, nem Rei; e desta maneira vivem sem Justiça e desordenadamente»<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 377.

<sup>27</sup> Pêro de Magalhães Gândavo, *Tratado da Terra do Brasil*. História da Província Santa Cruz, [Int. de Capistrano de Abreu], Edição do Anuario do Brasil, Rio de Janeiro s/d, p. 32.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 49.

Es decir: una característica lingüística, no muy bien entendida por Gândavo, sirve para extraer unas extrapoladas características morales destinadas a crear una imagen diabólica del indio. Poco después insiste: «e assi vivem bestialmente sem ter conta, nem peso, nem medida»<sup>29</sup>.

Después de una larga y detallada descripción del canibalismo ritual y de la crueldad de los indios con sus prisioneros Gândavo recapitula: «Finalmente que são estes indios muy deshumeros e crueis, não se movem a nenhuma piedade: vivem como brutos animaes sem ordem nem concerto de homens, são muy deshonestos e dados à sensualidade e entregão-se aos vicios como se nelles nã houvera rezão de humanos. [...] Todos comem carne humana e têm-na pela melhor iguaria de quantas pode haver [...]»<sup>30</sup>.

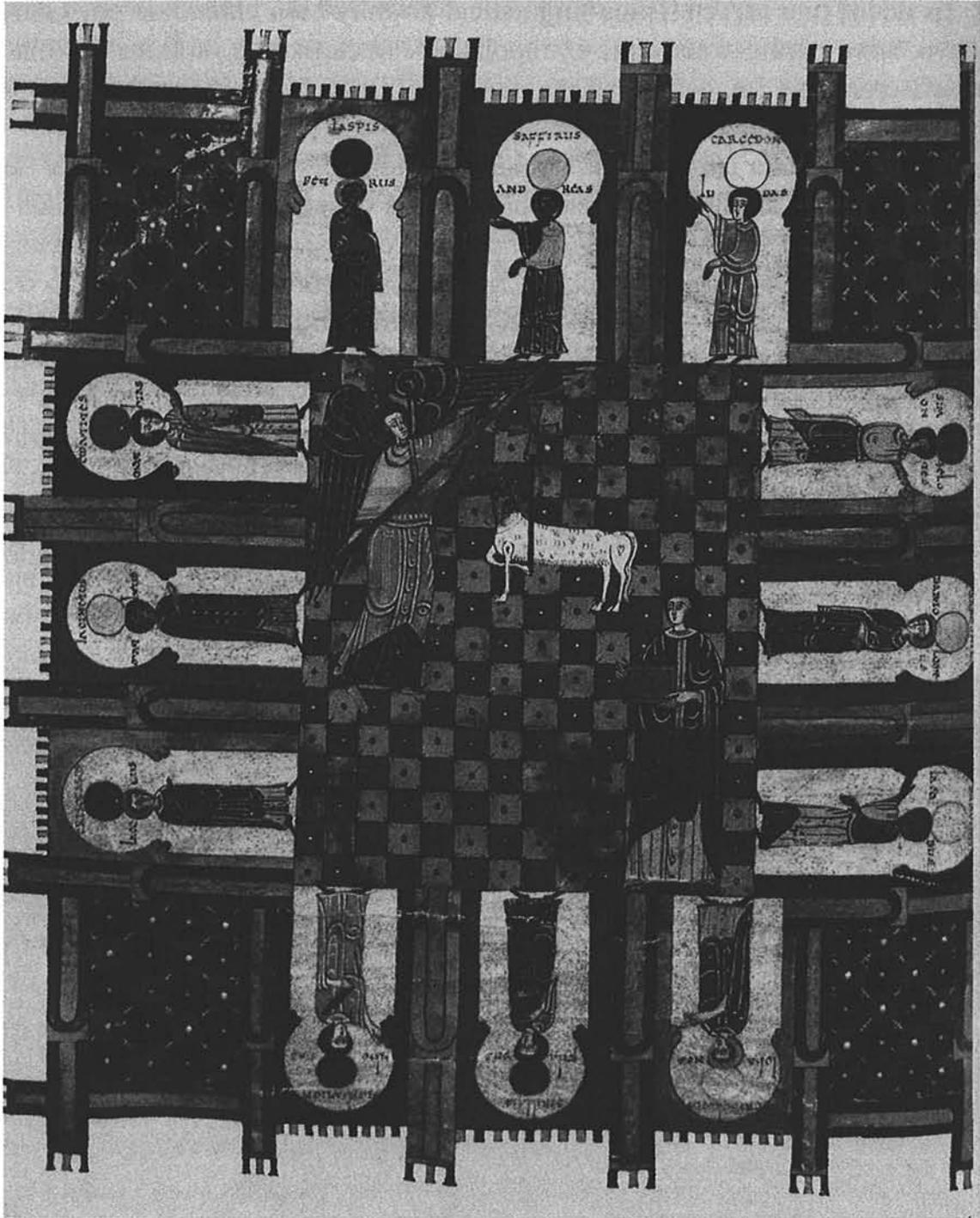
Vemos así como el «jilguero» se convierte en «buitre», como el indio brasileño en el siglo XVI no pudo ser nunca lo que realmente era, un ser humano, sino que se vio convertido por los europeos en cristalizaciones de sus imaginarios: de sus sueños de fe en la bondad de la naturaleza por un lado y por otro de su infinita sed de oro y de su pánico a la diferencia.



Giuseppe Sanmartino: *Il Cristo velato* (1753)

<sup>29</sup> *Gândavo*, 50.

<sup>30</sup> *Gândavo*, 53.



Beato Facundus: *Visión de la Jerusalén Celestial* (1047)